

El problema del ahorro en el mundo

El artículo que sigue era el primer editorial del número de "The Economist" de fecha 24-30 de Septiembre.

Los ministros y gobernadores habrán hablado estos días en Berlín del tipo de cambio de las distintas monedas, de la deuda en Iberoamérica, del drama de los países más pobres de Africa, de la conveniencia de dotar de más fondos al Fondo y al Banco. Problemas serios, sin duda, pero todos ellos sólo parte de una realidad de mayor alcance aún: la escasez mundial de ahorro. Cuando todos, o casi todos, los gobiernos conducen sus economías hacia la senda capitalista, se produce una escasez de capital. Es como si se pretendiera crear un banco de sangre sin suficientes donantes.

El intrínquilis de este dilema reside en los tipos de interés. Durante 30 años después de la Segunda Guerra Mundial, los tipos de interés reales -es decir, los tipos nominales ajustados según la inflación- se mantuvieron estables en las grandes economías alrededor del 2-3 por cien. Desde 1974 hasta 1980 incluso fueron negativos, en especial en Norteamérica y en Japón. Desde 1980 han sido de nuevo positivos, muy positivos. En vez de aquel 2-3 por cien están ahora entre el 4 y el 6 por cien. Algunos años, en algunos países, incluso han alcanzado porcentajes más altos. El coste real del capital, así, se ha duplicado. Esto supone escasez, y origina problemas.

La razón por la que constituye un problema es porque los tipos de interés han subido no porque se haya producido un gran incremento de la inversión, que podría haber estimulado una elevación de los tipos que atrajera más ahorro. La inversión adicional, normalmente, es buena, pues supone un mayor crecimiento futuro. Pero no es esta la situación, y la inversión se ha reducido casi en todas partes como proporción del producto nacional de los distintos países o zonas. Así pasó del 22,5 al 20,5 por cien en los países ricos, de 1980 a 1987; del 23,5 al 19

por cien en Iberoamérica; del 25 al 22 por cien en Africa. Excepcionalmente, en Asia ha subido del 23 al 26 por cien. Dado que la inversión total ha de ser financiada con ahorro, al igual que los embalses han de ser llenados con agua, la débil utilización de capital ha ido acompañada de una caída del ahorro como proporción del PNB. A pesar del señuelo de unos elevados tipos de interés, los gobiernos, las empresas y los individuos han decidido gastar más y ahorrar menos. Los años 80, frecuentemente llamados la década de la austeridad y del sacrificio, han sido en realidad unos años de vivir al día y de dejar menos para el mañana.

Esto podría no ser importante si las necesidades de ese mañana fueran modestas. De hecho, sin embargo, serán enormes. En los países de la OCDE, las perspectivas demográficas empiezan a ser oscuras. A principios del próximo siglo los mayores de 60 años serán el 21% de la población, frente al 17% en la actualidad. Los que hoy se hallan en la mitad de sus vidas son los que se encuentran en lo más alto de su capacidad de ahorro. A los 60 y más gastarán toda su renta, y también sus reservas. Por consiguiente, si el mundo rico no puede aumentar sus ahorros hoy, en que la demografía se muestra aún benigna, menos lo hará, o lo hará con más pena, más tarde.

Los países pobres no se encuentran en mejor situación. Muchos de ellos disponen de una enorme cantidad de recién nacidos que necesitarán escuelas, comida, vivienda y cuidados médicos antes de que se conviertan en trabajadores y en ahorradores. En algunas partes del tercer mundo el ahorro se ha visto muy deteriorado. En Argentina, por ejemplo, se ha reducido del 21% del PNB en 1965-80 al 10,5% en 1980-86. En Zambia, del 31 al 7 por cien. En Egipto, del 9 al 3,5. Con esta semilla, la cosecha no puede ser buena.

Cuando el capital se enrarece es todavía más vital utilizarlo bien. La prueba de su buena utilización se obtiene a través de los rendimientos, y la mejor manera de hacer la prueba es a través del mercado. Es Así como resulta alarmante constatar

cuanto ahorro privado es administrado por los parlamentos y por la burocracia. En Estados Unidos, el año pasado, el endeudamiento público se llevó el 55% del total ahorro privado. En Europa occidental el promedio fué el 20%, aproximadamente la mitad de lo que fué en 1982. La cifra para Japón, para 1987, fué 1,5%. Así, el país que ha sido vapuleado por los proteccionistas por sus excedentes comerciales, está haciendo un buen favor al mundo, proporcionándole el ahorro que necesita, al tiempo que le provee también de automóviles.

El personaje malo de la película es la América de Reagan. El actual presidente quería construir un paraíso capitalista, pero su inversión total se ha reducido, como porcentaje del PNB, del 20% en los años 1979-1980 al 17,5% en 1986-87. El ahorro ha bajado aún más. Las familias norteamericanas, las más ricas del mundo, el año pasado ahorraron sólo el 3,2% de sus rentas disponibles. Los indios lo hicieron mucho mejor. Con un ahorro tan modesto podía esperarse que un hombre como Reagan, partidario de reducir el papel del Estado, hubiera hecho lo posible por disminuir asimismo el gasto. En vez de esto, ha gastado más que nadie. Como todo el mundo sabe, el interrogante más grave de la economía mundial consiste en saber si el presidente Dukakis podrá reparar los daños enormes producidos por Reagan con sus presupuestos.

Para cualquier país, un capitalismo sin capital ofrece unas perspectivas sombrías. Esta situación mejoraría si se propulsara el ahorro pues entonces sería posible aumentar la inversión a unos tipos de interés reales más bajos. Para que esto ocurra, los sistemas fiscales han de favorecer a los ahorradores más que a los deudores. También los gobiernos han de acudir menos a las fuentes de dinero, aparte de asegurarse que invierten óptimamente el dinero del contribuyente.

Sin esos cambios, las reuniones del Fondo y del Banco de los años 90 servirán de poco. Las soluciones del futuro no vendrán solas.